

REFLEXIONES SOBRE LAS POLITICAS ECONOMICAS EN LATINOAMERICA*

José DÁVALOS HERRERA
Mario ZEPEDA MARTÍNEZ**

RESUMEN: Con la sola excepción de los horizontes abiertos en la Cuba socialista, las políticas económicas aplicadas en Latinoamérica no han hecho sino demostrar su incapacidad para evitar que los más agudos problemas y carencias de estos pueblos sigan agravándose. La valoración de las medidas aplicadas debe considerar sus impactos radicalmente diferentes sobre las clases sociales que las componen y sobre las economías en su conjunto: los «éxitos» para las burguesías dependientes de la región constituyen a la vez, un verdadero drama para las mayorías trabajadoras.

Básicamente, hay dos formas de conducir la política económica de un país. Para decirlo de un modo grueso: la primera consiste en favorecer a los grandes empresarios, descargando todo el peso sobre los trabajadores; [...] La segunda consiste en favorecer a los intereses de los trabajadores, con consecuencias sobre una minoría de empresarios poderosos.

[...] Hacer lo primero requiere desarrollar el aparato represivo para hacer frente a los

* Ponencia presentada por los autores — Delegados Oficiales del IIEC-UNAM a la VII Reunión de Facultades de Economía de la AFEAL, en Quito, Ecuador, del 3 al 7 de septiembre de 1978.

** Miembros de la Sección de Análisis de la Coyuntura Internacional del IIEC-UNAM.

trabajadores, a la mayoría de la población que defenderá sus derechos elementales. Hacer lo segundo requiere al conjunto del pueblo trabajador, desarrollar su poder, para hacer frente a la poderosa minoría que se alzará en defensa de sus privilegios.

PEDRO VUSKOVIC¹

La evaluación de las políticas económicas en América Latina hace indispensable considerar que se trata de medir los resultados alcanzados y las perspectivas abiertas en una región en que, con la sola y muy significativa excepción de Cuba, las economías son capitalistas, subdesarrolladas y estructuralmente dependientes y, por ende, se encuentran conformadas por clases sociales cuyos intereses son inevitablemente antagónicos entre sí. Es evidente, pues, que la valoración de las medidas aplicadas —como lo pretende hacer la primera aproximación que intentamos en este documento— debe partir de establecer los criterios que servirán para medir los resultados alcanzados y las perspectivas abiertas por ellas. Esto obliga a considerar en el análisis a los intereses y fuerzas de clase que definen su orientación, lo que de hecho equivale a responder la pregunta: resultados y perspectivas, ¿para qué y para quiénes? Las respuestas, como se verá, toman colores radicalmente diferentes según la óptica de los intereses desde la que se les mire.

Las políticas económicas aplicadas en la región durante las dos últimas décadas, sus resultados y perspectivas, registran, reflejan y a la vez inciden en los profundos cambios ocurridos en Latinoamérica y el mundo durante estos años. Por un lado, tenemos un conjunto de medidas de política económica puestas en práctica en circunstancias en que, hacia los últimos años, se transita —con las naturales desigualdades entre las diversas economías— de la fase de auge a la profunda crisis por la que atraviesa el sistema capitalista en su conjunto, a nivel mundial. Asimismo, en parte contribuyendo al desarrollo de la crisis y en parte siendo resultado de ella misma, encontramos otros cambios de la mayor importancia que incluyen sustanciales reajustes en la división del trabajo y las relaciones de producción (tanto a nivel nacional como a nivel internacional); reajustes en las áreas de influencia de las potencias imperialistas tanto con las economías subdesarrolladas como entre ellas mismas; la descomposición del sistema colonial —recuérdese por ejemplo lo que

¹ *Una Sola Lucha*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1978, p. 85.

sucede recientemente en África—; la expansión y creciente influencia en todos los planos sociales del conjunto de economías socialistas, etcétera.

Fenómenos determinantes del curso que han tomado los hechos mencionados antes, lo constituyen la expansión casi ya a nivel de la totalidad del sistema, del capitalismo monopolista de Estado —como fase particular del imperialismo— y la mayor internacionalización de la acumulación capitalista, lo que en las economías capitalistas latinoamericanas se ha traducido en la dramática profundización de la dependencia y el subdesarrollo —paradójicamente cuando se alcanzan los mayores grados de desarrollo de las fuerzas productivas— teniendo como uno de sus pivotes fundamentales la creciente participación de los estados en las economías. (Deben tomarse en cuenta, nuevamente, las particularidades y diferencias de cada caso que, aun cuando no dejan de tener importancia, no contrapesan la tendencia general.)

En el otro lado tenemos la esforzada política económica instrumentada en Cuba que, no sin tropiezos y dificultades, ha logrado impresionantes metas y abierto luminosas perspectivas en todos los órdenes de la vida económico-social de la isla e incluso inaugurado un horizonte nuevo en la historia de nuestro continente, al poner en marcha en 1975 su primer Plan Quinquenal de Desarrollo Económico con lo que instala la primera experiencia de planificación científica en Latinoamérica —sólo posible, como se sabe, en las economías socialistas.

Una tercera experiencia de política económica —sin duda importante por sus ricas enseñanzas e implicaciones para el conjunto de los pueblos latinoamericanos— es la seguida por el gobierno de la Unidad Popular en Chile durante los años 1970 a 1973 encabezado por el asesinado Presidente Constitucional, doctor Salvador Allende. Este esfuerzo representa el más consistente intento por variar radicalmente el rumbo y la orientación de la acumulación de capital en función de los intereses del pueblo trabajador, partiendo dentro y desde los marcos de las instituciones burguesas establecidas y que hubo de enfrentarse a todo el peso del capital monopolista nacional e internacional y a su política económica.²

² Vuskovic explica el enfrentamiento entre las dos políticas económicas en Chile con las siguientes palabras: “[...] Una política económica que favorece a los grandes empresarios enfrenta, es cierto, la respuesta de los trabajadores; pero éstos no tienen el poder económico suficiente para imponer, por sobre esa política, una contrapolítica que responda a sus intereses.

Lo contrario ocurre cuando se lleva a cabo una política económica que

Entremos pues a exponer un poco más de cerca, cuáles han sido las tendencias económicas más generales del capitalismo en la región.

*Capitalismo monopolista de Estado
(CME) y creciente dependencia*

En un estudio sobre las tendencias recientes del «desarrollo económico» en América Latina, CEPAL destaca como «hechos de gran significación»:

- a) La participación del Estado en las economías;
- b) El enorme peso de las empresas trasnacionales en ellas; y,
- c) La sustancial expansión del crédito internacional «contratado» por la región y su desempeño básico en el «dinamismo económico» de la misma. Textualmente tenemos:

Cualquiera que sea el contexto en que se desee situar el análisis, resulta innegable que el Estado y la empresa trasnacional fueron los agentes productores más dinámicos, y demostraron una capacidad de movilización de recursos en actividades de gran envergadura que debe anotarse como uno de los hechos de gran significación del periodo.

Asimismo, respecto al creciente endeudamiento externo, sus nuevas características y funciones, se nos dice:

favorece al conjunto del pueblo: en la medida en que los grandes empresarios siguen controlando los resortes decisivos del poder económico, pueden no sólo oponerse a la política económica que el gobierno intenta llevar a cabo, sino además aplicar, de hecho, una contrapolítica que responda a sus intereses. [...]

Hay que entenderlo así para comprender debidamente lo que ocurrió con la política económica del Gobierno Popular. Pasado el primer año, en el que la movilización del pueblo mantuvo a raya, con éxito, una reacción atomizada y dispersa del gran capital, no fuimos capaces de elevar el poder de los trabajadores a niveles cualitativamente superiores; no supimos entender el cambio que se produjo en la reacción de la minoría poderosa, ni sus alcances. Como resultado, esta minoría dotada luego de un solo comando de dirección unificada, fue capaz de imponer en los hechos su contrapolítica de desquiciamiento. En la práctica, comenzó a imperar la política económica de la gran burguesía. Y fue frente a esa política económica, y no frente a la política del gobierno, que reaccionaron, sin tener conciencia clara de ello, sectores importantes de las capas medias y algunos sectores de trabajadores". *Idem*, p. 87.

Con posterioridad [a la década de los cincuentas y la primera mitad de la de los sesentas] la situación cambió significativamente. Hubo abundancia de fondos y parte importante del financiamiento tendió cada vez más a originarse en la banca privada internacional. La capacidad de la región para captar este financiamiento, y el papel que él desempeñó en el dinamismo económico, constituyeron características básicas de la evolución reciente.³

Nosotros pensamos que estas tendencias advertidas por la CEPAL, entre otras, expresan —a diferencia de lo que concluye la citada institución—, precisamente el grado de desarrollo que ha alcanzado el capitalismo monopolista de Estado en la región y la tremenda profundización de la dependencia y el subdesarrollo de las economías capitalistas latinoamericanas.

Este curso tomado por el capitalismo latinoamericano, entre otros muchos efectos fundamentales, ha determinado también el curso seguido por las políticas económicas en la región; de hecho, lo que ha ocurrido es que las líneas seguidas por estas políticas se orientan cada vez más en función de los intereses de las oligarquías nacionales de la zona que devienen crecientemente dominantes, poderosas y minoritarias al interior y, progresivamente dominadas al exterior. Las políticas económicas expresan pues, inevitablemente, la progresiva agudización de la contradicción fundamental del capitalismo hoy: producción cada vez más social/apropiación crecientemente privada de las riquezas resultantes (esto vale tanto para cada economía nacional como para el conglomerado internacional). De hecho lo que tenemos es un profundo entrelazamiento de los capitales monopolistas privados —tanto nacionales como extranjeros— con el capital monopolista estatal lo que, entre otras múltiples consecuencias, se traduce en cambios importantes en la composición y poder de la oligarquía: primero, se reduce el número de sus miembros (en términos relativos) y se hace más compleja, mientras que el poder que concentra se aumenta considerablemente y, consiguientemente, su influencia en la orientación y radio de acción de la política económica. Ésta, podemos concluir, a la vez que es aplicada mediante los recursos técnicos e institucionales más complejos y extensos que se han utilizado nunca en la región —acordes con el más alto grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y el aparato estatal—,

³ "Tendencias y proyecciones a largo plazo del desarrollo de América Latina", *Cuadernos de la CEPAL*, Núm. 20, Santiago de Chile, 1978, pp. 3 y 15.

a la vez que es respaldada por la concentración de fuerza económica y política que jamás había alcanzado sector alguno de las burguesías de la zona, se muestra como nunca incapaz de comprender y resolver las profundas contradicciones estructurales que afectan al capitalismo, lo que es tanto como decir que, ahora más que nunca, la política económica burguesa ha sido inepta para evitar la anarquía y el despilfarro en la producción; para sacar de la desnutrición crónica y aguda, la ignorancia y el analfabetismo, la insalubridad, la promiscuidad y la desocupación total o parcial y, en fin, todo lo que la miseria significa para millones de trabajadores latinoamericanos; para evitar la inflación y los desequilibrios en todos los órdenes de la economía y, en fin, para conducir los procesos económicos aprovechando y desarrollando científicamente y racionalmente los recursos humanos, naturales y técnico-científicos de la región por una vía independiente, de acuerdo con los intereses de las mayorías nacionales y no los de las cada vez más minoritarias y dependientes burguesías, como es a todas luces claro que ha sucedido.

Como resultado de este hecho tenemos que: el 50% de la población del subcontinente tiene acceso apenas al 13.9% del ingreso de la región, mientras de otro lado, el 5% se apropia del 30% de ese ingreso; y, el país que ostenta la divisa de «más industrializado», el Brasil, exhibe cifras que ponen de manifiesto la rabiosa polarización de la distribución del ingreso que engendra el capitalismo: el 50% de la población apenas si tiene acceso al 10.8% del ingreso, cuando el 10% acapara el 57.1%. Sobre esta estructura del ingreso se erige el drama latinoamericano; para 1975, existían 134.5 millones de habitantes en «estado de grave pobreza» —como sutilmente los clasifica CEPAL— y, de éstos, 85 millones «viven» en completo estado de indigencia. Sólo así se explica cómo el 35% de la población latinoamericana apenas logra ingresos «inferiores al costo de la alimentación mínima equilibrada». Y, producto del desenfrenado, pero al cabo normal, apetito de acumulación de los propietarios de los medios de producción en contubernio con el capital imperial —apetito acicateado por la política económica de los estados—, los ingresos así distribuidos, se han visto dramáticamente disminuidos por el proceso inflacionario que asola a las clases populares del continente. En efecto, de 1970-72 a 1976, el promedio de la tasa de inflación anual creció en 43.2%, llegando a constituirse en 1976 un crecimiento anual de 63.5%. Desde luego, los diferentes matices de la política económica se traducen en desigualdades entre las variaciones de los precios en los diferentes países (en 1976 en Argentina llegó a 347.5%, en Chile al 174.3% y en Uruguay al 39.9%), pues

el «molino del diablo» que constituye la «economía social del mercado» que sangrientamente imponen los regímenes fascistas del Cono Sur a esos pueblos, hunde en la más espantosa miseria a la clase trabajadora. Toda la política «antinflacionaria» se ha reducido a manipulaciones monetaristas y epidérmicas que han tenido efectos nefastos sobre el poder adquisitivo de las grandes mayorías. Ello lo verifica la misma CEPAL:

Para enfrentar la inflación se han utilizado varios instrumentos combinados en diversas formas. Sin embargo, el control de los salarios aparece invariablemente, aunque con diferencias de grado, en la gran mayoría de las terapéuticas [...] Así, los asalariados no sólo han experimentado pérdidas cuando la inflación ha arreciado, sino que también las han sufrido cuando ésta ha sido combatida a través de las políticas ortodoxas de estabilización.⁴

Haciendo gala del más fino humor negro, se declara que «el objetivo último del desarrollo debe ser la consecución de mejoras constantes de bienestar individual y la aportación de ventajas para todos» (CEPAL. *Evaluación de Quito*), cuando en la búsqueda de ese estilo de desarrollo capitalista, América muestra que la esperanza promedio de vida al nacer es de 61 años en la región (en Cuba es de 72 años, en Haití y Bolivia de 50 años, en Honduras de 53, en Guatemala de 54, en Ecuador de 59 y en México y Brasil de 63 y 61 años, respectivamente). El consumo promedio de calorías en la mayoría de países es menor a 2 350 (Cuba más de 2 900 calorías). El analfabetismo es superior al 22% en la mayoría de países (Cuba lo ha extirpado); menos del 40% de la población de la mayoría de países dispone de luz eléctrica, etcétera.

Otras referencias revelan que tanto, por ejemplo, la inversión extranjera directa y el endeudamiento contratado con el capital financiero internacional —sobre todo por parte de los estados latinoamericanos—, lejos de haberse constituido en agentes dinamizadores del crecimiento económico, más bien lo minan y lo subordinan crecientemente a la órbita e intereses del capital monopolista internacional: la deuda externa de la región se multiplica poco más de tres veces entre 1969-70 y 1976, pasando de 23 000 millones de dólares anuales en la primera fecha, a 79 000 millones en la segunda. Por otro lado, en 1975, las ventas latinoamericanas de empresas tras-

⁴ CEPAL, *Estudio Económico de América Latina, 1976*, Santiago de Chile, pp. 23-24.

nacionales ascendieron a 80 000 millones de dólares (57 000 corresponden a empresas norteamericanas) "cantidad que representa un valor similar al doble de las exportaciones de la región en ese mismo año".⁵

Respecto a las repercusiones de la presencia de las transnacionales y del creciente endeudamiento externo de las economías latinoamericanas en las políticas económicas, la propia CEPAL señala:

[...] la empresa extranjera adquirió el carácter de transnacional, lo que le dio a su actuación una naturaleza más compleja. Así, por ejemplo, las relaciones con las matrices produjeron efectos de importancia en la balanza de pagos, determinando corrientes de importaciones y exportaciones que obedecieron más a los intereses de las empresas que a políticas nacionales explícitas. Asimismo, la propiedad que estas empresas tienen sobre innovaciones tecnológicas, su acceso al crédito internacional privado y público, su captación de crédito interno y la utilización de insumos básicos de origen nacional e importado, hacen difícil para los países definir políticas adecuadas de control u orientación.

y respecto al endeudamiento creciente:

El endeudamiento que hoy encara la región como consecuencia del sistema de financiamiento empleado, condiciona la evolución de la balanza de pagos en forma diferente a la de comienzos de periodo, pues el monto de los servicios compromete parte importante de los actuales recursos de exportación. Este compromiso obliga a América Latina a fomentar intensamente las exportaciones, a readecuar nuevamente la estructura productiva para reducir las importaciones, y a crear, por tanto, nuevas formas de inserción en la economía y el comercio mundiales.

finalmente, se nos dice que:

Los gobiernos han debido desarrollar un nuevo sistema de relaciones y negociación, que en muchos aspectos está íntimamente ligado con las empresas transnacionales.⁶

⁵ "La Economía de América Latina en 1976", Banco Nacional de Comercio Exterior, SA, México, *Comercio Exterior*, mayo, 1977, vol. 27, número 5, p. 563.

⁶ *Tendencias y Proyecciones a largo plazo del Desarrollo Económico de América Latina*, Cuadernos de la CEPAL, número 20, Santiago de Chile, 1978, pp. 15 y 16.

El desarrollo del subdesarrollo de la estructura productiva

La política económica en América Latina ha estado marcada por el sello del constante fracaso para llegar a un capitalismo desarrollado. No solamente la naturaleza de los instrumentos aplicados (que abarcan una amplia gama de estereotipos del pensamiento burgués anglosajón) y la imbricación teórica (clasicismo, neoclasicismo, keynesismo, etcétera) que inspira tales políticas, sino las propias limitaciones que impone la dependencia estructural de estas economías al capitalismo mundial, constituyen el principal obstáculo para que la burguesía nativa pueda impulsar sus proyectos que la conviertan en una burguesía *American Style*, que es —y lo demuestra su mimetismo— su aspiración más acariciada. Desde luego, en la actual crisis, la incapacidad para lograr sus objetivos se torna palmaria. No sólo es una incapacidad para afrontar la coyuntura actual, sino aun para entenderla.

Desde el inicio de su formación como estados independientes, los países latinoamericanos han marchado al ritmo impuesto por el desarrollo del capitalismo mundial a través de una división internacional del trabajo cuyas características han impregnado al curso de las economías del subcontinente. Así, de una larga instancia de sustento de la economía en el sector «primario-exportador», las modificaciones en las modalidades de acumulación en escala mundial, por un lado, y las alteraciones que en el patrón de acumulación interno se han ido produciendo lentamente, por otro, se ha pasado a una «nueva» y mayor dependencia estructural. En efecto, las alteraciones que se han producido en la estructura productiva al interior de los países se evidencian en los lentos, unas veces, y dinámicos, otras, desplazamientos en el eje de la acumulación de capital, originalmente basado en una producción agraria hacia la actividad manufacturera:

	1950	1960	1970	1976
Sector Agropecuario	20.1	18.2	14.9	13.0
Sector Manufacturero	17.9	20.3	23.4	24.1

Este desplazamiento que ha estado subordinado al proceso de acumulación de capital en escala mundial, habla del reordenamiento de las relaciones sociales de producción (que cada vez devienen más las del CME en toda la región) y de la división internacional del

trabajo (creciente socialización interna e internacional de la producción) y son, a nuestro entender, el punto nodal que habrá de explicar la actual problemática del continente, por las características que van asumiendo los sectores productivos y el rol del Estado.

Aunque aparece como una deliberada política de desarrollo de los países latinoamericanos, esta reordenación de la estructura productiva es, más bien, fruto de los cambios en las relaciones de producción internacionales que se traducen en la redefinición de la división internacional del trabajo. Con todo, el proceso de sustitución de importaciones que constituyendo el *leitmotiv* de la industrialización, ha buscado sanear la estrangulación endémica de las balanzas de pagos, devendrá por la propia dinámica de la dependencia, en el elemento clave de la descapitalización secular que sufren las famélicas economías latinoamericanas. Pues siendo la ruta que, en unos países más temprano que en otros, impone el capitalismo mundial, la industria sustitutiva está atada subordinadamente a los desig- nios de la internacionalización del capital.

Desde su origen, tanto el volumen de inversión extranjera cuanto el tipo y condiciones de la tecnología impuesta e incorporada al proceso, determinarán serios desajustes en la balanza de pagos y desarticulaciones insalvables en la estructura productiva, agudizando de esta forma el *mal* que aparentemente se trataba de remediar: más nociva ha sido, pues, la medicina que la enfermedad. La creciente necesidad de importaciones de medios de producción, la expatriación de utilidades e intereses, el pago por el uso de tecnologías, patentes, etcétera, la incorporación de técnicas y escalas de producción desarrolladas para los países capitalistas imperiales e incorporadas apresuradamente al proceso de industrialización nacional, provocarán la permanente descapitalización, problemas de no utilización de la capacidad instalada (con la consecuente elevación de costos) y problemas en la acumulación de capital. Por otro lado, la funcionalización del «sector» agrícola a este proceso y al desarrollo del capitalismo en su conjunto (que entraña —manteniendo en esencia la estructura de propiedad— modificar y actualizar la fisonomía de las relaciones sociales de producción en el sector), provocar no sólo contracciones en la producción agrícola (de bienes de consumo especialmente), sino un desempleo masivo, cuyo incierto destino será la emigración, donde la industria será incapaz, por definición, de absorberlo.

Entonces, el proceso de reproducción de capital estaría centrándose en la vigorización de una industria que, condicionada por las características histórico-concretas de cada país, se orienta hacia:

- a) Producción de bienes-salario;
- b) Producción de medios de producción (básicamente materias primas, insumos y herramientas ligeras); y,
- c) Producción de bienes de consumo suntuarios.

Desde luego, la intensidad e importancia de cada uno de estos sectores productivos en el conjunto de la producción manufacturera varía de un país a otro. Lo cierto es que hay una marcada tendencia a vigorizar estas actividades. De otro lado, un hecho fundamental homogeniza en gran medida al proceso: la dependencia subordinada del mismo al capital imperialista, el que no sólo ejerce su hegemonía al interior de las ramas en las que actúa, sino que irradia su influencia perniciosa sobre toda la economía incide y limita las políticas económicas de la región.

Sin embargo, para la burguesía latinoamericana, esta forma de control y actuación del capital imperialista, constituye una forma de «complementar el ahorro nacional» que es el argumento para dar una apertura benevolente al capital, arguyendo discriminación y control, como si ello fuera posible.

Ahora bien, el proceso de industrialización orientado en tal sentido ha exigido un proteccionismo *in extremis* por parte del Estado, mismo que, proporcionando una vida artificial al proceso, adecúa el camino y la escena para la acción del capital trasnacional que en estas inmejorables condiciones, pasa a ejercer el dominio y control e imprime la orientación imponiendo condiciones sobre tipos de bienes a producir; formas de realización de la producción; origen, volumen, precio y calidad de materias primas a importarse y de las que hay que producir en el país; tipo de tecnología a implantar; contratación de créditos, etcétera. Al mismo tiempo, se impone al Estado su intervención en la creación de la infraestructura necesaria para el «normal» desarrollo de las actividades de la industria que, sometida al poder imperial, constituirá, en gran medida, el eje de la acumulación. De esta suerte, el Estado se convertirá en un poderoso componente de la demanda importada de medios de producción y en el agente principal en la contratación de crédito externo que le permita cumplir las exigencias que impone este proceso.

Así, la industrialización sustitutiva que originalmente aparecía como un elemento decisivo para saldar los problemas de la dependencia, se convertirá, al abrigo de la omnipresencia del poder del imperialismo, en una pírrica victoria. Sin embargo, la burguesía latinoamericana (que en algún momento hizo gala de un nacionalis-

mo demagógico) tendrá una enorme fuente de extracción de plusvalía. Y es que a la burguesía le tiene sin cuidado que *el país* se someta de *a* o *b* manera al imperialismo, si por este mismo sometimiento puede acaparar más y mejor. Es justamente esta sumisión del proceso a los designios del capital y esta creciente extranjerización de la economía, la que explicará en buena medida el atosigante curso de descapitalización que asfixia a las economías latinoamericanas y cuyo peso es trasladado despiadadamente a la clase trabajadora de la región.

La evolución reciente de la deuda externa de los países latinoamericanos confirma este criterio, pues, son tales los volúmenes y características que adquiere aquella que se convierte en un «mal necesario» para mantener en pie las vulnerables economías latinoamericanas. A nuestro juicio, la persistente y redoblada descapitalización, que necesita y vuelve a necesitar crédito externo para poder saldarse, se explicaría por:

- a) El creciente deterioro de las relaciones de intercambio (en 1974, 97.8 con respecto a 1973; 89.4 en 1975 y en 1976, 91.2) provocado no solamente por el crecimiento persistente del precio de las importaciones (mayor que el de las exportaciones), sino por el incremento irreversible de las importaciones que requiere la marcha del proceso de industrialización sustitutivo y la importación de bienes suntuarios que demanda la burguesía. En efecto, y en relación al periodo 65-69 (100), mientras las exportaciones llegaron apenas a ser 352.2% mayores que las de ese periodo, las importaciones se incrementaron en el 407.1%. Estos hechos han provocado un deterioro de la balanza de bienes, misma que en los últimos años ha llegado a niveles inéditos:

BALANZA DE BIENES DE LOS PALNEP*

(Miles de millones de dólares)

	1973	1974	1975	1976
Exportaciones	18.8	25.0	25.1	29.4
Importaciones	19.2	33.0	34.0	32.8
Saldo	— 0.4	— 8.0	— 8.9	— 3.4

* Países de América Latina no Exportadores de Petróleo.

FUENTE: Comercio Exterior, México, Banco de Comercio Exterior, SA, vol. 27, número 11, noviembre 1977, pp. 1308 y 1309.

- b) El pago progresivamente mayor y más importante de «servicios» por fletes, seguros, tecnología, etcétera, que obviamente se realizan a empresas transnacionales y conforman los conglomerados cuyos cuerpos actúan en los países latinoamericanos.

A este implacable drenaje de capital hacia la metrópoli, cuyo ritmo de crecimiento es mucho mayor que el Producto Interno Bruto de la región, se añade el pago de utilidades e intereses al capital extranjero, calificado eufemísticamente por la burguesía nacional como elemento «complementario del ahorro nacional»:

PAGOS REALIZADOS POR LOS PALNEP POR SERVICIOS Y POR UTILIDADES E INTERESES

(Millones de dólares)

Años	Servicios	Incremento	Utilidades	Incremento	Total	Incremento
1973	886	100	3 366	100	4 252	100
1974	1 794	202	3 857	115	5 651	133
1975	2 242	253	5 544	165	7 786	183
1976	2 091	236	6 631	197	8 722	205

FUENTE: *Idem.*

El modelo de desarrollo impulsado por la burguesía nacional constituye, entonces, un factor definitivamente determinante en la descapitalización que agobia a los países latinoamericanos, y de ahí que las necesidades de mantener el proceso de reproducción se orienten hacia la búsqueda de financiamiento en la metrópoli. Esta medida no es, desde luego, coyuntural; responde más bien, como se ha visto, a la dependencia histórico-estructural de las economías latinoamericanas al capitalismo imperialista.

En este sentido, el flujo de capitales hacia el continente, habrá de sufrir modificaciones en los últimos años. Cambios que no sólo son cuantitativos, sino, y de manera relevante, son de índole cualitativa. Así por ejemplo, «de los 14 000 millones de dólares que fluyeron hacia los PALNEP, tanto en 1975 como en 1976, sólo aproximadamente 2 000 millones correspondieron a inversiones directas; el resto fue endeudamiento externo».⁷ Cabe resaltar que en el mismo

⁷ Daniel Mato, «La Deuda Externa de América Latina», en *Comercio Exterior*, vol. 27, número 11, México, noviembre de 1977, p. 1310.

periodo, las utilidades e intereses alcanzaron a 12 175 millones de dólares.

De este modo, parece estar afirmándose el hecho de que el capital monopolista internacional, una vez que ha sentado sus reales, no requiere para ejercer el control sobre las actividades nacionales, de la misma intensidad y volumen de inversión directa, ahora, un mecanismo más sutil y más efectivo se hace presente: el crédito (lobo con piel de oveja) cumplirá con mayor eficiencia el papel depredador. Efectivamente, el volumen de deuda externa de los países latinoamericanos (ya al principio de este trabajo dábamos un adelanto del hecho) crece vertiginosamente: en 1976 el valor de ésta se duplicó con respecto a 1973 y constituye casi tres veces el valor de las exportaciones de ese mismo año:

EVOLUCIÓN DE LA DEUDA EXTERNA DE LOS PALNEP

(Miles de millones de dólares)

Año	Deuda Externa	Deuda/Exportaciones
1973	40.00	2.1
1974	52.65	2.11
1975	67.72	2.7
1976	79.24	2.7

FUENTE: *Idem.*

Esta situación significa que las exportaciones de los últimos años apenas tuvieron una capacidad de 0.41 dólares para pagar cada unidad de deuda contraída, o, lo que es lo mismo, por cada dólar exportado se imponen 2.44 dólares de deuda.

Conjuntamente con la disminución del ritmo de la inversión extranjera se produce un cambio determinante en el origen del crédito externo, pues aquél estará compuesto en medida creciente por el financiamiento que otorgan los bancos privados de los países imperialistas, con el consecuente endurecimiento en las condiciones contractuales impuestas: disminución de plazos y elevación del tipo de interés. Las crecientes dificultades que el capitalismo contemporáneo enfrenta para su funcionamiento, encuentran paliativos en medidas que, si bien alivian algunos de los dolores más intensos que padece, en el fondo no se ataca —ni mucho menos— la raíz de los proble-

mas. Incluso los «auxilios» prestados por la política económica a los mencionados males, a la larga acaban agudizando las contradicciones que los generan y empeorando la salud del sistema. Tal sucede con la profusión de crédito en el capitalismo contemporáneo, la abundancia de medios de pago monetarios y bancarios, si bien le permiten profundizar los niveles de monopolización del capital —en buena medida apoyados en la centralización de «capital ficticio» que sin embargo en ciertos momentos de la circulación del capital social cumple funciones de capital real— conduce a las personas, a las empresas y a las economías a un constante caminar sobre la cuerda floja de la insolvencia potencial generalizada que está incubada en los niveles de endeudamiento prevaecientes en la actualidad. Tal situación no hace sino reforzar el parasitismo del sistema, su tremenda irracionalidad, la explotación, la especulación, etcétera. En Latinoamérica la situación ha tomado tintes dramáticos que en parte hemos tratado de dibujar ya. Un aspecto de la salud financiera de la región lo revela el siguiente cuadro:

POSICIÓN FINANCIERA DE LOS PALNEP FRENTE A LOS BANCOS PRIVADOS DEL EXTERIOR

(Miles de millones de dólares)

Años	Activos	Pasivos	Saldos	Pasivos/Activos
1974	12.80	32.02	— 19.22	250%
1975	14.89	42.33	— 27.44	284%
1976	15.74	50.40	— 34.66	320%

FUENTE: Comercio Exterior, *op. cit.*, p. 1313.

La enorme presión de los pasivos sobre los activos es incuestionable, y de ello se deriva a la vez, la injerencia directa del capital trasnacional en las actividades de los países, orientando el curso de la economía. Demuestra asimismo, el persistente deterioro financiero del subcontinente, pues para poder cancelar los créditos requiere, indudablemente, de más crédito.

Esta situación se torna explosiva para países como México y Brasil que juntos, en 1976, absorbieron el 68% de la deuda externa de los PALNEP;* y si el continente tuvo una mermada capacidad de ac-

* En esa fecha México aún no es un país exportador de petróleo.

tivos para satisfacer pasivos que en conjunto apenas si llegaba en 1976 a 0.31 dólares, en México «ascendía» a sólo 0.22 y en el Brasil a 0.26.

Otros aspectos de la política económica burguesa en Latinoamérica

En seguida hacemos una serie de consideraciones generales sobre las políticas económicas burguesas en Latinoamérica que vienen a complementar lo hasta ahora expuesto y que, aunque son bien conocidas, suelen ser «olvidadas» por los perscneros de los intereses del capital:

- a) La política económica es parte de la política global a través de la cual la burguesía ejerce su poder en las sociedades capitalistas.

Siendo la parte de la política de las clases dominantes-dominadas que atañe más directamente a las cuestiones relacionadas con sus intereses materiales y la base de su poder y privilegios, se constituye en una de las áreas de mayor importancia estratégica. De hecho, la política económica es a la vez un *programa de acción económico, social y político* para la burguesía en su conjunto, atendiendo, claro está, las orientaciones básicas emanadas de los intereses del capital monopolista y que los estados burgueses son encargados de enarbolar y aplicar en lo fundamental. Las políticas económicas, sin embargo, no lo son todo. Su aplicación y las condiciones particulares en que ésta se logre dependen de manera importante de la correlación de fuerzas entre las clases explotadas y la burguesía. Así pues, su concreción implica el concurso de todas las fuerzas con las que cuentan las burguesías latinoamericanas y sus estados, y aún de las fuerzas todas del imperialismo (los casos de Chile, Nicaragua, Brasil, Argentina, y otros, ilustrarían ampliamente lo que queremos resaltar). Una de las conclusiones políticas que se pueden derivar del anterior planteamiento, consiste en que toda variación de la política económica en contra de los intereses del capital deberá ser necesariamente producto de acciones de fuerza de las clases explotadas, puesto que ello significa afectar directamente sus intereses materiales y el sustento de su poder. Vista desde este ángulo, la política económica tiende

las directrices generales por las que marcha la explotación o la liberación de ella.

- b) La política económica no sólo constituye un frente de lucha en el plano meramente económico. De hecho involucra además del ejercicio del poder material de las burguesías (incluyendo las posibilidades de reformismo y de represión físicas), el despliegue de la lucha en los frentes teórico e ideológico. En efecto, la justificación teórica e ideológica de la situación prevaleciente y de las medidas adoptadas por las burguesías frente a ella encuentra su sustento en la teoría económica burguesa. Más adelante le dedicamos especial atención al asunto.
- c) Las posibilidades reales y alcances verdaderos tanto de la teoría como de la política económica burguesas, encuentran su límite «en sí mismas», en su carácter clasista. Efectivamente, la política económica burguesa *ni aspira* a resolver los más agudos problemas que pesan sobre las economías capitalistas de la región —en particular sobre las masas explotadas—, *ni en verdad pueden remediarlos*.

La política económica burguesa sigue ciegamente los intereses del capital y para satisfacerlos ajusta las directrices que de ellos surgen, en las direcciones que el proceso objetivo de acumulación capitalista lo va requiriendo. Así pues, la política económica va modificándose en sus alcances y características con el propio desarrollo del sistema capitalista; las formas de su existencia —lejos de ser producto de la conciencia de la burguesía— responden a las formas históricas de existencia del capitalismo: lógicamente, en la fase del capitalismo monopolista de Estado la política económica extenderá necesariamente sus alcances buscando paliar los problemas resultantes de la agudización de la contradicción fundamental del sistema (producción cada vez más social/apropiación crecientemente monopolizada); lógicamente en el capitalismo del subdesarrollo y estructuralmente dependiente, la influencia de las oligarquías centrales, que al final de cuentas dirigen y se aprovechan del proceso mundial de acumulación de capital, es determinante.

- d) La crisis por la que atraviesa actualmente el sistema capitalista en su conjunto y que tiene dramáticas expresiones en la región, le imponen a las burguesías dominante-dominadas echar el peso de la situación sobre las espaldas de los traba-

jadores. El deterioro en las condiciones de vida y trabajo de las masas explotadas en Latinoamérica, *necesario* para que el capital, sobre todo el monopolista, pueda seguir manteniendo tasas «satisfactorias» de ganancias y *necesario* también para paliar los obstáculos y contradicciones crecientes del proceso de acumulación de capital que la propia dinámica del capitalismo ha agudizado, a veces es tal que hace necesario un cambio violento —no gradual como habitualmente ocurre— de la relación plusvalía/salario en contra del salario, lo cual implica modificar la *correlación de fuerzas económicas* entre el trabajo y el capital y que no puede sino ser impuesta por la fuerza a los trabajadores, requiriéndose del concurso de todos los mecanismos de poder y fuerza de la burguesía. Tal situación extrema, determinada por las necesidades de la acumulación de capital, moldea las políticas económicas que expresan más crudamente los alcances y limitaciones del capitalismo latinoamericano y toda su barbarie.

Ilusiones, matices y «logros»

Intentaremos ahora una primera evaluación y proponemos concretamente tres criterios para llevarla a cabo:

- a) De los resultados obtenidos en función a los objetivos que las propias políticas económicas se trazaron;
- b) Análisis de los resultados no en función de los objetivos planteados explícitamente por estas políticas, sino atendiendo los objetivos reales —generalmente no explicitados en todo lo que significan— que las políticas perseguían; y,
- c) En función de los intereses de los trabajadores latinoamericanos, es decir, de la inmensa mayoría de la población.

a) *Las ilusiones.* En un afán de generalizar los «anhelos» explícitos más visibles de la política económica en las economías capitalistas latinoamericanas se podría establecer que la consigna más favorecida era la de: industrialización por la vía de sustitución de importaciones para alcanzar el bienestar y la modernidad a un creciente número de latinoamericanos, siempre en el espíritu de redistribuir los «beneficios» del «dinamismo económico» y los ingresos. Asimismo, la progresiva industrialización de la región iría ampliando

y fortaleciendo la soberanía e independencia económicas de las naciones; todo iría mejor, se eliminarían progresivamente la anarquía y el despilfarro, se «planificarían» las economías utilizando los métodos «indicativos» (propios de las economías de «libre empresa»), se eliminarían las diferencias sociales, sectoriales y regionales, etcétera. En el plano internacional se establecerían vigorosos planes de integración regional que bajo la divisa de «la unión hace la fuerza» permitiría a los países de la región enfrentarse con los colosos de la economía occidental. ¿Qué tanto de esto se ha logrado? La industrialización en efecto ocurrió —subdesarrollada, desintegrada crecientemente con un esquema de producción nacional, atrasada y con altos índices de desaprovechamiento, etcétera— pero ésta no logró sustituir la necesidad de importar, ni fincó las bases para romper con la dependencia, antes al contrario, la agudizó; los efectos de la industrialización «suntuaria» sustitutiva —que por cierto ha llegado a la audacia de sustituir también exportaciones— no fueron minando las profundas desigualdades sociales sino que las acentuaron; las economías latinoamericanas crecieron, incluso con tasas relativamente altas, pero sus incrementos no eliminaron o disminuyeron el desempleo, más bien lo agudizaron; para las mayorías populares el crecimiento no se tradujo en mejores niveles de vida sino en mayor explotación —trabajo para beneficio ajeno y contrastes cada vez más ominosos entre la miseria en que se encuentran sumidos y la opulencia de aquellos pocos nacionales y extranjeros que lo disfrutaban. El resultado general es entonces, mayor dependencia, miseria que contrasta con la opulencia insultante, cientos de planes y programas económicos que nunca alcanzan siquiera los objetivos que ellos mismos se trazan, desintegración entre los países latinoamericanos, creciente poder económico, político y social de las oligarquías regionales, crisis, anarquía, irracionalidad, etcétera. La propia CEPAL, una de las instituciones que con más entusiasmo y supuesta neutralidad técnico-científica ha impulsado la creación y difusión de las ilusiones desarrollistas no ha tenido sino que reconocer que:

La evaluación del desarrollo económico y social latinoamericano en la posguerra demuestra que la concepción global que prevalecía dos décadas atrás acerca de la interrelación entre el dinamismo económico y la transformación social *fue desvirtuada por los hechos en un sentido inesperado*. El dinamismo económico alcanzó niveles que se habían considerado para aquel entonces muy ambiciosos, y se produjo íntimamente asociado a una transformación social que *se distanció del mayor grado*

*de consenso y de las metas más igualitarias que las ideologías del desarrollo de comienzos del periodo suponían inherentes a las altas tasas de crecimiento económico.*⁸

Asimismo, esta institución acepta que “cuando se ha intentado dar prioridad a los objetivos distributivos o tan sólo equilibrarlos con otros fines, se han generado crisis que han afectado seriamente el funcionamiento del sistema”.⁹

Sin embargo, en sus mismos análisis, la propia CEPAL acaba reviviendo las ilusiones propiciadas precisamente por las mismas «ideologías del desarrollo» que tan estrepitosamente fracasaron en su intento de explicar y «desarrollar» las economías latinoamericanas al no descubrir las verdaderas causas de la situación que hemos intentado dibujar.

b) *Los matices.* ¿Cuántos «modelos» de desarrollo existen en Latinoamérica? El consenso entre cierto tipo de economistas parece ubicar tres tipos diferentes de esquemas:

- i) El de las democracias tipo México, que tan dudoso «milagro» aportara al mundo;
- ii) El de las dictaduras del tipo de la chilena-argentina-uruguay-brasileña, etcétera; y,
- iii) El de los países exportadores de petróleo de los que hubo un momento en que se llegó a decir que «estaban más allá del bien y del mal».

Tales «modelos» adoptan su particular estilo de existir según el tamaño del país, sus recursos naturales, su población, su historia, etcétera; todo lo cual, en cierta forma, constituye el conjunto de elementos que determinan la particular forma de inserción de cada economía al sistema imperialista. Pero, ¿en verdad conforman varios «esquemas» de desarrollo esencialmente diferentes entre sí? Nosotros pensamos que en lo fundamental constituyen un solo proyecto que tiene una sola dirección: “una estrategia de más largo plazo encaminada a actualizar, redefinir y reforzar los cauces del capitalismo del subdesarrollo [...] tanto en lo que hace a la reproducción de sus relaciones sociales de producción internas como de las exter-

⁸ *Tendencias y Proyecciones...*, p. 1.

⁹ *Ibidem*, p. 2.

nas. Éstos y no otros son, para el régimen burgués, los ‘verdaderos objetivos de desarrollo’ [...].”¹⁰

Respecto a la importancia de los matices entre las diversas políticas económicas de los diversos regímenes no cabe sino aceptar que existen diferencias *tácticas*, de recursos e instrumentos, de necesidades concretas y, sobre todo, la posibilidad de jugar con una amplia gama de posibilidades *de grado* entre emitir más o menos circulante; entre financiar el gasto público de tal o cual manera; entre permitir, dentro de los márgenes impuestos por las condiciones estructurales, una mayor o menor participación del Estado en la economía en tal o cual rama o sector, y aun globalmente, entre proteccionismo y liberalismo; entre pérdidas de poder adquisitivo de los salarios un poco menores —o incluso sensiblemente menores— en ésta o aquella economías (los precios siempre tienden a crecer más, mucho o poco, pero siempre más que los salarios); entre tales aranceles, impuestos, tarifas, etcétera. En el fondo, siempre encontramos lo mismo: el respeto a la propiedad privada de los medios de producción, es decir, el respeto a la explotación, al subdesarrollo, a la dependencia, al dominio de los monopolios, etcétera. La comparación entre las diversas modalidades de política económica burguesas en la región admiten perfectamente la frase lograda por el joven compositor cubano que en una de sus trovas dice: “no es lo mismo, pero es igual...”

Los matices, pues, palidecen frente a las similitudes en lo fundamental, mismas que se traducen en resultados enormemente parecidos. Coincidimos con el investigador mexicano que señala que:

En el marco de la crisis capitalista mundial y nacional, de las necesidades objetivas que aquella impone según el nivel de desarrollo y las especificidades de nuestra estructura social, de la lucha de clases, de la correlación de fuerzas políticas y de las concretas posibilidades de acción del Estado mexicano en las diversas instancias y planos, es una política económica de indudable prosapia burguesa ortodoxa. Tan conservadoramente burguesa que es semejante, *en esencia*, a la de muchos países —en especial Brasil, Argentina, Colombia, Chile y otros latinoamericanos—, incorporados de lleno a la fase en que el capital monopolista de Estado es determinante del desarrollo, si bien en la condición de dependencia [gira] en torno a la agrandada intervención del Estado con el propósito de reducir desequili-

¹⁰ Fernando Carmona, “La Política Económica. Congruencia Burguesa”. México, *Estrategia*, mayo-junio 1978, número 21, p. 4.

brios financieros internos y externos, atenuar —que nunca suprimir— la inflación, mejorar la tasa de ganancias y reconstituir el proceso de acumulación, todo ello a costa de una explotación creciente de los trabajadores, el fortalecimiento de los monopolios privados y estatales —extranjeros, nacionales y 'mixtos'—, la profundización de la dependencia estructural y el agravamiento de las desigualdades del desarrollo.¹¹

Pedro Vuskovic parece compartir esa misma opinión cuando expresa, comparando a los regímenes de Frei y de Pinochet en Chile, lo siguiente:

Es verdad que se reconocen en el plano de la política económica, muchos elementos que diferencian al gobierno de Frei de la dictadura actual, sin que dejen de ser uno y otro hijos de los mismos intereses. Gran parte de tales diferencias no se explican, sin embargo, porque algún factor intrínseco a su identidad los separe: se explican, más bien, por los cambios operados en un factor externo —la diferencia entre las formas de acción actual y pasada del gran capital internacional— y el modo cómo el sector al que representan se vincula a los intereses transnacionales.

Pero la raíz de su fracaso común en desarrollar al país no se encuentra en lo que los diferencia sino, en lo que los hermana (a la inversa). No son dos fracasos: es un mismo fracaso, que se produce dos veces. Hermanados por los intereses que representan, en el intento vano de encontrar el desarrollo acentuando la dependencia, de desarrollar la economía dando las espaldas al pueblo [...] tratando de avanzar en su perjuicio. Eso es lo que fracasa.¹²

c) *Los logros.* Hemos esbozado ya una serie de elementos que dibujan el alcance y los «logros» de la política económica burguesa. Vuskovic los sintetiza adecuadamente en tres aspectos centrales:

[...] la producción se destina, o bien a las minorías de altos ingresos, o bien a su venta en el extranjero [...]

[...] la creciente pobreza de la mayoría [...] paralelamente a la concentración del poder económico en manos de pocos.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Op. cit.*, p. 84.

[...] la entrega del país al capital foráneo, que explica en gran medida las dos realidades anteriores y en parte es explicada por ellas [...].¹³

La inexorable necesidad de acumular capital, de reproducir las relaciones de producción capitalista (y por ende de explotación), son condiciones para la supervivencia del sistema; y en ese contexto "los trabajadores no cuentan como consumidores, sino sólo como productores".

La relación de explotación es velada por la ideología burguesa, misma que refluye activamente sobre el proceso económico; influencia activa que, entre otras formas de manifestarse, lo hace en la concepción «teórica» de la economía y de la sociedad y de ahí en la política económica.

La ideología burguesa

A pesar de la aparente bancarrota de la teoría económica burguesa, ésta sigue (al menos así lo demuestran los hechos) siendo utilizada, no sólo en el mundo académico, sino que se constituye en el ropaje ideológico de la política económica de los Estados capitalistas y como instrumento que justifica la explotación. Tal como señalaran Magdoff y Sweezy, toda la ideología de nuestro tiempo sigue impregnada de la creencia de que los gobiernos de las sociedades capitalistas tienen el conocimiento y la habilidad para eliminar las fluctuaciones y las crisis. En todo caso, como en la sociedad capitalista la ideología de la clase dominante aparece como ideología de la sociedad, tal creencia es más bien típica de la burguesía y, particularmente, de sus ideólogos y tecnócratas, pues para ellos, desde siempre, esta sociedad ha sido el «mejor de los mundos posibles» y, por tanto, las perturbaciones y las crisis, si no obedecen a los designios de Dios, constituyen por lo menos un fruto de la mala administración que del mundo hacen los hombres, y siendo así, son apenas epifenómenos de carácter coyuntural, y, por tanto, transitorios. De ahí los permanentes esfuerzos que, desde sus inicios, ha hecho la teoría económica burguesa por apuntalar al sistema, buscando eliminar contradicciones que, siendo intrínsecas al mismo sistema, mal pueden ser *eliminadas* por el solo arbitrio de medidas que emanan del Estado burgués.

¹³ *Ibidem*, p. 82.

La aparente eficiencia de la política económica burguesa es un mito, pues, cuando logra poner a flote el sistema, a más del carácter transitorio de su *logro*, éste es posible con la sumisión de la mayoría de la población a condiciones de vida calamitosas, que son disfrazadas con una infinidad de índices promedios que agregan indiferenciadamente la opulencia y la miseria.

El carácter apologetico de la teoría económica burguesa permite a ésta inferir que el todo social (cuya irracionalidad es explícita) tuviera un carácter armónico y gradual, de crecimiento por etapas, lineal; una sociedad en la que, de existir clases sociales, éstas no son contradictorias y antagónicas, sino *complementarias*. Por ello, las categorías económicas son aprehendidas como *cosas*, y sus relaciones, las relaciones sociales, son también tomadas como relaciones entre objetos o, en el mejor de los casos entre objetos y hombres, pero nunca entre éstos, cuya posición y comportamiento están históricamente condicionados.

En efecto, tanto el carácter histórico (transitorio) como específicamente social de la economía, son eliminados por el pensamiento burgués, a pesar de que la realidad y los hechos cotidianos ponen un permanente mentís a tal concepción. Este procedimiento permite a los economistas burgueses hacer abstracción de los efectos sociales de las medidas que proponen en el contexto de la política económica de la burguesía, y aun justificar la explotación y la miseria:

Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos —dirá Keynes— son su incapacidad para procurar el pleno empleo y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos [...pero] hay justificación social y psicológica de grandes desigualdades en los ingresos y la riqueza, pero no para tan grandes disparidades como existen en la actualidad.

Sobre este tipo de apreciaciones ideológicas se levanta todo el andamiaje de la política económica del Estado capitalista, para la cual, por ejemplo, el manejo formalizado de «variables», constituye una premisa fundamental para su funcionamiento. La dependencia o independencia de las «variables» están clasificadas en función de esta aprehensión acientífica; de ahí que en la realidad tales «variables», formando parte de la totalidad social pierden las cualidades que les otorgó el pensamiento burgués. Sin embargo, ya puesto en escena, el arte de gestión así concebido, conduce a esquemas lineales y mecánicos, fríos instrumentos de manipulación económica que devienen mecanismos de explotación de la clase trabajadora. De ahí

también, el carácter pragmático de la concepción burguesa de la economía, a la que ha convertido en un arsenal de recetas para “las investigaciones y pronósticos gubernamentales sobre la coyuntura económica y, en creciente medida para las investigaciones y pronósticos de los grupos y firmas privados”, como lo señala el profesor G. Akley.

Por esto mismo, la política económica fundada en la concepción subjetiva y vulgar del mundo, hace abstracción del espacio y del carácter diferente del grado de desarrollo de las diferentes formaciones sociales que tienen las economías capitalistas. En efecto, dirá Friedman:

[...] teóricamente, el problema económico es el mismo en una economía de Robinson Crusoe que en una economía agrícola atrasada, en una sociedad industrial contemporánea regida por principios comunistas o en una organizada sobre bases capitalistas.

Esta profesión de fe, será recogida por los expertos en política económica de nuestros países y, en la práctica, impulsarán las medidas que emanan de tales concepciones. Por esta vía, se busca afanosamente una asepsia *in vitro* para la ciencia económica y, por ende, para la política económica en la cual, todo lo que no es susceptible de cuantificación no es economía, especialmente aquellos elementos que tienen que ver con las instancias superestructurales de la formación social.

La crisis permanente del sistema capitalista, que adquiere ribetes explosivos periódicamente, se encarga de echar al suelo los mitos de la economía burguesa y crea la necesidad de revisarla. Así sucedió cuando la crisis de los años 29-33 puso en evidencia la inutilidad del pensamiento ortodoxo (para el cual el sistema tiene una tendencia inherente al equilibrio) y emergió hieráticamente la *Teoría General* de Keynes, misma que poniendo en evidencia las escilas del sistema, nunca dejó de tener un trasfondo psicológico y subjetivo (*propensión a consumir, expectativas de beneficios, etcétera*), pero que se habrá de convertir —hasta ahora— en el instrumental próximo al ideal en la política económica burguesa. La nueva modalidad del pensamiento burgués servirá, en adelante, de base teórica en gran parte de los países capitalistas, y, en Latinoamérica será aceptada sumisamente por parte de la burguesía dependiente, y donde transgrediendo la realidad, se *aplica* tal concepción, sin atenerse a definir las características de la formación social. Bajo esta modalidad

de pensamiento, aparece la idea de que el Estado, convertido en una especie de *Deus ex machina*, pueda disolver el drama de la sociedad capitalista; y el papel asignado a este demiurgo desclasado y ahistórico, se circunscribe a garantizar la «tasa de remuneración básica» a los propietarios de los medios de producción. En este sentido, la política económica del Estado se encaminará a cumplir este fin, antes que cualquier otro: «Si éste (el Estado) —dirá Keynes— es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar [...] la tasa básica de remuneración de quienes los posean, habrá realizado todo lo que le corresponde». Entonces, para la teoría económica burguesa el Estado será, desde ahora, el que en *cooperación* con la iniciativa privada, trate de impulsar el curso de la economía, y con su acción posibilitará que la acumulación del capital se materialice adecuadamente en medio de la anarquía en la producción y en los precios.

Desde luego, la necesidad de intervención del Estado en la economía no constituye ningún invento de los teóricos de la burguesía, sino que es fruto del mismo desarrollo capitalista. Lo que los pensadores burgueses han hecho es simplemente evidenciar, *a posteriori*, esta necesidad, pues en los momentos de agudización de la caída de la cuota de ganancia, uno de los elementos fundamentales para contrarrestarla es, justamente, la intervención del Estado burgués, para asegurar el proceso de acumulación capitalista.

Los diferentes matices que adquiere la política económica en las sociedades latinoamericanas no han significado diversas opciones de solución a la problemática de sus pueblos. Si algo las puede homogenizar es el hecho de estar inmersas en el modo de producción capitalista de manera subordinada al desarrollo del sistema capitalista mundial. Esto no puede ser explicado científicamente por la burguesía, peor aun, resuelto en la práctica (sea reformista o desarrollista) de una política económica que sumida en el fango del interés del capitalismo «nacional» y del imperialista, se convierte en la negación de una «salida» para las mayorías de este continente. A pesar de estas aparentes incongruencias, la burguesía sabe a dónde quiere ir, pues la instrumentalización que practica busca actualizar el sistema, modernizarlo y ajustarlo a las necesidades del capital; no importa cómo, pero, en última instancia, defendiendo lo establecido. Entonces, toda la constelación de instancias e instituciones que conforman el universo de la política económica persiguen, dentro del sistema, arribar a «etapas superiores» de desarrollo, pero al hacerlo, no consigue otra cosa que agudizar la dependencia, una mayor mo-

nopolización de la economía, y, este es el precio, una mayor explotación de la clase trabajadora. Esto lo comprobarán, socarronamente sorprendidos, los expertos de la CEPAL:

La naturaleza de los instrumentos de política a disposición del Estado, las concepciones económicas que rigen el uso de esos instrumentos, las condiciones establecidas por las fuentes externas de financiamiento y las enormes diferencias en cuanto a la capacidad de autodefensa de grandes grupos de la población determinan que el mayor peso de las medidas adoptadas para hacer frente a la crisis continúen afectando a estratos cada vez mayores de la población nacional, a través del estancamiento o disminución del ingreso real y de sus perspectivas de empleo.¹⁴

Frente a este panorama y a estas perspectivas de los pueblos sojuzgados del continente, se abre el horizonte amplio y esperanzador de la sociedad socialista que se construye en Cuba y cuyo proceso, en Chile, fuera detenido a sangre y fuego por el fascismo carnicero de Pinochet. Así, a diferencia del panorama del resto de América Latina, el Comandante Fidel Castro, describirá a la Cuba de hoy (antítesis de lo que ocurre en nuestros pueblos):

Hoy podemos proclamar con orgullo que somos un país sin desempleo, sin discriminación racial, sin hambrientos, sin mendigos, sin juego, sin prostitución, sin drogas, sin analfabetismo, sin niños descalzos y carentes de escuelas, sin barrios de indigentes y sin enfermos abandonados a su suerte. Nuestra educación y nuestra salud pública son modelos de éxitos sociales que causan la admiración de muchos en el mundo.¹⁵

En consecuencia, las alternativas a escoger no plantean términos medios: seguir inmersos en el tobogán del capitalismo que erige su existencia y desarrollo sobre la explotación despiadada de la clase trabajadora de la región, o abrir la vía, buscar la alternativa de liberación para decenas de millones de seres humanos en el continente. A fin de cuentas, socialismo o barbarie: tal es la alternativa.

¹⁴ CEPAL, *Tendencia y proyecciones...*, *ibid.*

¹⁵ *Balance de la Revolución*, Discursos en el Primer Congreso, Fidel Castro. México, Ediciones Cultura Popular, 1976, p. 55.

SUMMARY: With the only exception of the open horizons in the socialist Cuba, the economic politics applied in Latin America have demonstrated their inability to avoid the aggravation of the problems and needs of these countries. The appraisal of the applied measures must consider the radically different impacts over all the social classes as well as the economies related to these countries: the «successes» gained by the bourgeoisie of these regions constitute a great drama for the majority of workers.

RÉSUMÉ: A la seule exception des horizons ouverts a Cuba pays socialiste, les politiques économiques appliquées en Amérique Latine, n'ont fait que démontrer leur incapacité d'éviter que les problèmes et carences les plus aigüies de ces pays, ne s'aggravent. Il faut prendre en compte que les impacts et résultats des mesures appliquées sont radicalement différents selon les classes sociales et l'économie dans son ensemble: les «succès» des bourgeois dépendantes de la région, se traduisent a leur tour par un véritable drame pour les masses de travailleurs.